

F. GAMBOA

Establecida la simpatía mutua; contestes los dos en el elogio de espíritu y cuerpo de Carolina (trabajando á esas horas en la fotografía y obligada á ocultar su ansiedad á los amos del negocio, á los compañeros de esclavitud y al público indiferente y pesado), don Florentino se tranquilizó; aquel individuo, hasta ayer ignorado y enemigo, demostraba ser un caballero sin tacha, medio estafalario en algunas teclas, mas excelente en el fondo; lleno de fuerza; de talento, de confianza en sí mismo, de ansia nobilísima por ganárselo todo: ¡amor, renombre, fortuna!... todo lo que no habían disfrutado nunca don Florentino ni su hija; todo lo que al viejo no le importaba ya un ardite, hallándose cual se hallaba en la edad de los renunciamientos supremos á cuanto el mundo encierra; pero todo ¡ay! lo que anhelaba para su hija: que se la quisieran mucho—¡nunca sería lo que la quería él!; que el renombre del marido en ella se reflejara, y que el bienestar, eso de la fortuna no era sino fantasmagoría de enamorado... que el bienestar, aún desconocido para Carolina, tornárase en el inseparable compañero del esposo... La plática entre ambos varones, sublimábase; frases y palabras, por la alteza de miras que expresaban, como que brotasen aladas de los labios del pintor y de los labios del letrado. Los dos entendíanse en el pensar y en el sentir, hasta se desviaron un punto del objeto que habíalos congregado, pero pronto tornaron á él, á causa de un agudo dolor en los huesos del valetudinario, quien festivamente solía explicárselo á su hija, y festivamente se lo explicó ahora á Salvador, luego que hubo pasado:

—No es dolor precisamente ¿sabe Ud.?... Es cansancio de haber guardado tantísimo año una misma postura... ¡Desean descanso!...

No resultó festiva la explicación, al contrario; trájoslos

RECONQUISTA

al sentido de lo real, por lo que de súbito, varió el cariz de la entrevista. Ya sabedor don Florentino de con quién tenía que habérselas, le hizo acercar su silla, bajó la voz y no le habló como se habla á los yernos que el amor de las hijas nos depara, nó. Ya no había suegro ni yerno, letrado ni artista; era don Florentino, un moribundo que dicta sus disposiciones últimas, sereno el espíritu y expedita el habla; era Salvador, un notario que escucha y apunta en la memoria las postrimeras recomendaciones de un testador que se va. En las tales, ya no se habló de consentimientos ó permisos, pues antes simulaba el pausado discurrir de don Florentino un testamento de quien, como él, sólo puede legar bienes de alma, que no todos estiman del propio modo. Le dejaba á Carolina, su tesoro único, tesoro de avaro que por años hase limitado á contemplar el crecimiento del caudal sin amenguarlo en un céntimo, únicamente recreándose en ver su oro, en acariciarlo con trémulo pulso, á solas y en el silencio, temeroso de que se lo descubran y arrebaten, noche á noche contándolo para cerciorarse de su integridad, atento á todos los ruidos, á todas las pisadas y á todos los ojos por miedo á que alguien olfatee la preseña y en un instante lo despoje de lo que ha amasado y amasado durante toda una vida... Se la legaba á Salvador, garantizándole—¡cuánto había de recordar y repetir algún tiempo después Salvador tantas ternezas!...—que era oro puro, ¡purísimo!, él, él (*y el anciano se golpeaba su pecho hundido de los años*), se lo garantizaba...

Ya no hubo órdenes, ni exigencias; había postreras súplicas, ruegos de enfermo grave, solemnes palabras de padre.

—¡Si Ud. no la malgasta, yo le juro que tendrá dicha para el resto de su existencia; porque no es fácil encontrarse con una mujer de sus tamaños!

Con inmodestia que no lo perjudicó ante el amplio criterio de Salvador, don Florentino prosiguió el panegírico de la hija que se apercibían á quitarle, sin omitir calidad ni virtud, más bien abultando éstas, á fin de que aquel individuo, que no parecía una mala persona, ¡no señor!, acabase de justipreciar la joya que se llevaba.

—¡Quiérale Ud. mucho, amigo Arteaga, porque ella se lo merece, y porque yo, en breve, ya no podré quererla!...

Con sus miasjas de cariño y sus llamaradas de deseo por la muchacha, y conmovido ahora por aquel sincerismo idólatrico del inválido, Salvador, de buena fe y con sanas intenciones, ofreció, prometió, juró cuanto le exigieron, honradamente, con firme ánimo deliberado y consciente de cumplir los compromisos que espontáneamente contraía. Por supuesto que la haría dichosa ¡su palabra de honor!

—Y Ud. será el testigo íntimo de nuestra dicha—en-carándose á don Florentino, que principia por negar con la cabeza y acaba asintiendo con sies entrecortados,—el que la compartirá con nosotros, porque así Ud. se empeñe, no nos da la gana que Ud. se nos muera tan pronto; á fuerza vamos á hacerlo vivir, y en lugar de las tristezas del sepulcro piense Ud. en el puñado de nietos con que he resuelto obsequiarlo; será Ud. abuelo, quiera ó no quiera, ¡no faltaba otra cosa!... Lo que Ud. echa de menos es su poquito de trabajo, y yo me encargo de conseguirlo; un *negociazo* de que me han hablado por ahí y que podrá dejarle unos cuantos pesos á este señor licenciado tan haragán y tan asustadizo... ¿A que yo le traigo salud y riqueza, don Florentino?...

Contagiado el viejo, púsose á reír como Salvador reía; y riendo á los dos se los encontró Carolina, de vuelta de su empleo, donde había contestado máquinalmente á un

montón de preguntas, mientras pedía á Dios que de aquella entrevista decisiva saliese su ventura.

¿Por qué en lugar de ésta lo que salió fué su desgracia?... Pues porque la vida es así, traicionera é insensible, y porque Salvador, que inauguró las relaciones permitidas y benditas de antemano por don Florentino, estaba enardecido más que enamorado, y porque Carolina, de puro apasionada y crédula no supo abstraerse á las exigencias de esa misma pasión y se dió al Elegido; que no parece sino que la mujer que ama á ello está condenada por misteriosa ley sexual. Si la prueba por excelencia que de su amor se le pide es la entrega casi irreflexiva de su cuerpo, ¿por qué ha de escatimarle si quiere de veras y además de querer, también siente y también es esclava de las vibraciones de la carne, que los hombres despiadadamente le excitamos con nuestra lascivia y perenne brama?... Ella, al darse, persigue y cumple su misión esencial de maternidad, de sér que lleva en sus entrañas los gérmenes de un mundo, sus hijos y los hijos de sus hijos, por siglos, por milenios... ¡Nosotros, sólo perseguimos un instante del placer más vecino de la muerte!

Estas eran, éstas, las explicaciones que á sí mismo dábale Salvador después de la catástrofe, en las muchas noches que los remordimientos le hurtaban el sueño. Veía la escena: don Florentino, impedido, en su sillón, y confiando en Salvador por modo absoluto; pues en el fondo de todo viejo—y á pesar de la experiencia á tantísimos golpes aprendida,—palpita el niño que cree en muchas cosas increíbles, y con raciocinio y criterio perturbados, de niño por carta de menos y de viejo por carta de más, equivócase á menudo y no precave los resultados de los asuntos trascendentales. Añada usted que, en efecto, Salvador cumplió con la promesa de procurarle un negocito

F. GAMBOA

fácil, por el que le pagaban mensualmente la enormidad, ¡en sus condiciones!, de veinticinco duros con los que no cabía en sí de júbilo, y orgullo sobre todo cuando al finalizar los primeros treinta días de muy llevadera labor (releer unos papeles judiciales más añosos que él y preparar un dictamen), sorprendió á Carolina con los veinticinco pesos que esparció por la mesa á fin de que simularan un fortunón, y se calculará si le habrían aumentado la simpatía y el cariño que Salvador le inspiró desde su visita de pretendiente. Luego, veíalo tan noblote y llano, tan caballeroso y sencillo, tan enamorado de su hija—á la que circundaba de halagos y miramientos delicados,— que, al sentirlo entrar, al oír su risa franca y su habla recia de hombre que no debe ni teme nada, con las que oreaba la vivienda, y de polvos y telarañas de tristeza antigua limpiábala, don Florentino reanimábase, le sonreía de lejos y de cerca le daba afectuosa bienvenida.

—¡Pase Ud. adelante, buena pieza, y déjese de escandalizar en el corredor, que protestarán los vecinos!

Infaltablemente aparecíase Salvador dos veces al día; antes de la una, con objeto de presenciar la llegada de Carolina y encaminarla después de la comida hasta el tranvía de la esquina de la calle; y por las noches, entre seis y siete, escoltando á su novia y armado de provisiones para la cena que con ellos compartía: cerveza, latas de conservas, fruta de California, dulces y golosinas de «El Globo». Concluída la cena, él substituía á Carolina en la lectura del periódico, que, en ocasiones, enzarzaba á los dos hombres en serios altercados, á propósito de creencias:

—Lo único que Ud. necesita, amigo Arteaga, para no tener defecto, volver á la fe, creer en Dios...

—Abogado, no nos metamos en honduras, que lo derroto y me lo llevo prisionero...

RECONQUISTA

—¿Derrotarme? ¿Ud?...—replicaba don Florentino, en-gallándose,—¿Ud?... Ni Ud. ni todos los que como Ud. des-graciadamente discurren. A ver, venga la derrota, ¡ven-ga!... ¡No es tan sencillo, con sólo palabras huecas y teorías mal digeridas, derrotar á un creyente!... ¡Ataque usted!...

Y se liaban al fin, de verdad, hasta que Carolina sose-gábalos dulcemente, alarmada de lo que con disentir se inflamaban y de que discutieran las cosas sagradas, las cuales, según ella, no consentían discusiones ni dudas.

—¡Ya está, ya está!... ¡que me disgustan los dos!... ¡Y á este sabihondo (*por Salvador que se reía en los ojos de Ca-rolina*) ya veremos si no le quito antes de un año esas he-rejías que hasta feo me lo vuelven! ¡Prepárese, Salvador!... (*Delante de don Florentino jamás se tutearon.*)

Otras noches, en que la familia cubana iba á visitar al letrado y á su hija, hacíase la tertulia en la sala, nunca pasando de las once; y en prenda de la reconciliación del creyente y del incrédulo, éste conducía á aquél en brazos, desde el comedor.

—Para que no acabe de sofocárseme, abogado, con tanto argüir, y no porque Ud. no pueda valerle, que si á esas vamos—decíale Salvador con la mira de que el enfermo, por su pudor de hombre, no se sintiera humillado con su impotencia creciente,—dentro de poco, me gana Ud. á correr.

Al igual de cuantos lo trataban, también los cubanos habian sido conquistados por el pintor; y le festejaban sus ocurrencias, y la señora insinuó que sería la madrina de la boda, y Virtudes ayudaba á Carolina á coser su ropa, su *trousseau* humildísimo de desposada, y Pepe Díaz recordábale lo del busto de Maceo que Salvador teniale prometido en *terra-cotta* para cuando lo terminara un escul-tor de talento, predilecto amigo suyo.

F. GAMBOA

Porque el matrimonio se aproximaba; apenas si faltaría un par de meses para su celebración; ya el templo estaba elegido, modesto, en el barrio, la capilla de los Josefinos; ya Salvador había llevado á sus dos hijas á que conocieran á su madrastra futura, y las escasas amistades de uno y otro contrayente, hallábanse al cabo de lo cercano del enlace. Nada más una nube persistía en el cielo de los novios: la resistencia de Carolina á renunciar su empleo de la fotografía, no obstante los enojos y ruegos de Salvador; una resistencia obstinada, testaruda, que sacaba de quicio al galán.

—¿Por qué no lo dejas, si yo te lo suplico? ¿No ves que hasta me avergüenza el que se sepa que á mi novia, la que va á ser mi esposa, yo le consiento que siga trabajando, que cualquiera le hable y me la desee, que sirva al público, á los descorteses, á los señoritos galanteadores?... ¿Entra en razón y compláceme! .. ¿Renunciarás?...

—¡La víspera de que nos casemos! Te lo juré, y nada de lo que hasta la fecha te he jurado, he dejado de cumplirte!... Dame gusto tú; trabajando me conociste y te enamoraste de mí, ¿no es cierto?... Pues déjame como hasta hoy he vivido, trabajando, sin que nadie; ni tú mismo! pueda echarme nada en cara, no obstante que siempre he tenido que servir al público y habérmelas con esos señoritos galanteadores de que hablas. ¡Anda y pregúntales qué han obtenido de mí! Tú mismo, ¿qué obtuviste?... Y eso que á ti te idolatro, que te quiero tanto, que ni atino á medirlo!

Fuera de esta divergencia, que á las veces distanciábalos materialmente, Salvador y Carolina bordaban planes de su existencia de mañana, á solas en la salita, después de la cena y de que Carolina, conforme á su piadosa costumbre, había desnudado y arropado en su cama al pobre

RECONQUISTA

viejo; contaban los días que faltaban aún para ser el uno del otro y acabar sus vidas, juntos y queriéndose, en el amor y en la dicha. En ocasiones, don Florentino—que tardaba en dormirse y que se despertaba al menor ruido,—bromeaba con ellos, desde su rincón:

—Sean más prudentes ¡descarados!, que hasta aquí me entero de lo que se prometen y proyectan en sus cuchi-cheos...

Y ellos, felices, cogidos de las manos, celebraban la interrupción con risas, con amenazas de ir y tener esos cuchi-cheos en su presencia.

¿Por qué, pues, de súbito viniéronse abajo los actos y propósitos de una ventura duradera? ¿Por qué, Señor, la catástrofe se produjo si todo hacía prever lo contrario, si Salvador era un caballero y Carolina una virgen de roca?...

Ello fué que cierta noche, ya al marcharse Salvador, despidiéndose con la pasión de costumbre, con aquel beso en los labios que poníalos sombríos y silenciosos por lo que les revolvía en las entrañas el mutuo deseo insaciado; cuando en la salita sólo oíase el precipitado latir de los corazones enamorados y el flébil respirar lento del padre inválido; cuando en los pensamientos de ambos no se anidaba, perceptiblemente á lo menos, ninguna idea torcida; cuando la dicha soñada quedábales ya al alcance de sus manos, tendidas á esa propia dicha y fatigadas de lo que habíanse afanado por llegar á asirla, surgió para los dos el instante demoníaco que destruye é infama toda una vida de virtud y de honra; la línea imaginaria é invisible; más tenue que los hilos más tennes!, que una vez transpuesta, nos echa del otro lado de los buenos, de los poquisimos justos que antes de salvarla, allí se sacrifican y perecen.

De improviso, sin palabras de una parte ni resistencias

de la otra, suelta la bestia que dentro de nosotros nutrimos; calladamente, inopinadamente, como se llevan á término los dos grandes misterios trágicos del amor y de la muerte, Salvador cayó sobre Carolina... El macho brutal, tantas veces triunfador, cayó sobre la virgen casta, tantas veces resistente; y allí, en el sofá en que se posaran las esperanzas y los ensueños, á unos cuantos pasos del anciano que dormía, allí, en el mueble vulgar é inapropiado, más calladamente todavía, con miedo á que los delatara el menor ruido, Carolina sofocando los dolores y Salvador asesinando los besos, allí se consumó el desfloreamiento, ¡como quien roba, como quien hiere, como quien mata!...

¡Qué despedida la que siguió, Dios mío! En cuanto en sí volvieron de su doble pesadilla sin remedio, sonrojáronse entrambos, y mudos, sin mirarse, Salvador se deslizó cautelosamente hasta la puerta caminando de espaldas, pero sin ver á Carolina, que, sentada ya, habíase cubierto el rostro con las manos, en las rodillas los codos, deshecho el peinado de su cabellera opulenta, sollozando muy piano, pianísimo, en actitud de duelo supremo. Adonde miraba Salvador espantado, era á las tinieblas del cuarto del viejo, quien continuaba en su sueño débil y en su respirar lento, á pesar del drama acabado de representarse á distancia bien corta de su impotencia y de sus canas. Hacia allí miraba Salvador trastabillante, hasta que acertó á fugar, quedísimamente.

—¿Qué hay?...—inquirió, sin embargo, don Florentino, desde su cama, al sentir que abrían la vidriera.

Y la visión última de Salvador, porque se petrificó de oír la voz del enfermo, fué la de Carolina irguiéndose y respondiéndole en su voz natural y dulce, ¡á costa de Dios sabría qué inaudito esfuerzo!...

—Nada, padre, duérmete... ¡Es Salvador, que se va!...

—¿Qué hora es?—volvió á preguntar don Florentino, merced á la ignorada causa que mueve á averiguar á todo el que despierta la hora en que se halla.

—Las once menos cuarto—contestóle Carolina así que dió con su relojito, que oscilaba pendiente del bejuquillo y fuera de su sitio.

Salvador no vió ni oyó más, porque echó á correr por media calle, consciente de que habla causado un gran daño y jurándose el enmendarlo, borrarlo al siguiente día, en cuanto hubiese luz y él viese clara la situación que ahora no atinaba á explicarse en sus orígenes, determinantes, detalles y resultados. Ahora, únicamente atinaba, por instinto de malhechor, á poner tierra de por medio con la secreta esperanza de que el delito quedase inadvertido, de que nadie sino los dos cómplices lo supiese; pues—y aquí contuvo su carrera,—Carolina era víctima pero era también cómplice: los crímenes de amor, indispensablemente requieren para su perpetración, de dos personas. Y este descubrimiento antiquísimo le proporcionó alivio grande, cual si él fuese el descubridor y la mitad lo menos de la responsabilidad que lo affigía, se evaporase y desvaneciera. Siempre intranquilo, hasta con sobresaltos de acosado, se refugió en su casa, experimentando á sus umbrales una invasión de afecto hacia sus hijas, hacia Emilia muy particularmente, hacia la que hoy sí se reconocía culpable de infidelidad legítima.

Y esa noche, á raíz de la comisión de su delito, por el cual, sin embargo, y así lo anunciara á gritos en tribunales y plazas, nadie declararíalo justiciable, Salvador durmió profundamente; según es fama que duermen los que trucidan por la primera vez.

A su despertar, algo le minoró resquemores la resurrec-

F. GAMBOA

ción, medio dormido aún, de su victoria de la víspera; la satisfacción, meramente animal de haber gustado un cuerpo joven y una carne inviolada, con encantos entrevistos y palpados apenas, de nuevo le cerró los ojos, para que no se evaporara. En seguida, el despertar completo, y la razón que le sacudió la memoria y le pidió, estrecha cuenta de sus actos... El día íntegro, con vacilaciones. De un lado, la conciencia, inflexible, exigiéndole un inmediato cumplimiento del deber; del otro, la cobardía y el anémico sentido moral perorándole, felicitándolo por la proeza, ministrándole las arterias y argucias de que hay que echar mano para ganar las malas causas. Conforme el día discurrió, afirmóse el propósito honrado de enmendar el yerro, de enderezar el tuerto, de precipitar el matrimonio á cualquiera costa. Carolina era buena, mejor que muchas, aun después de su flaqueza; Carolina queríalo de verdad; él estaba seguro de que lo haría dichoso... ¡Pues, á casarse con ella!

Y, so pretexto de atender á los preparativos de la boda, en los que poco se ocupó, no pareció á la una por la casa de la novia, sino que se fué á comer de fonda, con amigos.

—¿Cuándo es el casorio?—le preguntaron á los postres expansivos.

—¡Va largo, va largo todavía!—les contestó, sorprendiéndose de oír su propia respuesta. ¿Por qué decía que iba largo, si tenía resuelto que fuera en breve?

En la tarde, lanzóse en pos de Covarrubias, el novelista, su íntimo, y le buscó la lengua á fin de que le repitiera la doctrina schopenhaueriana sobre el «Genio de la Especie», tan discutida y comentada por ellos. Y Covarrubias la repitió, con sus ribetes de burla, por no ser de sus adeptos; habló del tal «Genio», el componedor de todos los desafueros de esta naturaleza; el que disculpa la violación

RECONQUISTA

de las vírgenes, los adulterios y hasta los incestos, porque de lo único que se preocupa es de que la especie se multiplique y crezca por cima de nuestra moral acomodaticia é imperfecta, de nuestros enanos convencionalismos que exigen antes del acto el asiático perfume de los incienso y la firma de funcionarios, para que á las criaturas que nacen se las pueda diputar por legítimas y con derecho á que las leyes las protejan... El «Genio» se ríe de este galimatías puro, de estas pequeñeces de la humanidad pequeñísima. Lo que el «Genio» pide es que haya individuos, siempre más individuos en infalible aunque lenta peregrinación hacia el perfeccionismo absoluto, hacia el *Superhombre*, según decimos hoy día —acentuó Covarrubias, golpeando en un cenicero el extremo apagado de su tabaco, luego reencendido con lentitudes de fumador experto.

—Con ello fácilmente comprenderás—siguió explicándole á Salvador,—que no hay que reparar en si tal individuo nació de lo que nosotros, las hormigas, denominamos matrimonio civil ni matrimonio canónico; lo que se reclama es que nazca, de donde pueda, de parientes, de novios, de casados, de viejos ó jóvenes; que nazca de ayuntamiento carnal, apasionado, de varón y de hembra; ¡el resto es indiferente!

Hízose de noche, y Salvador, mareada la cabeza é intranquilo el ánimo, se apostó donde cuando novio se apostaba en espera de Carolina; deseaba observarla después del sucedido y hablar con ella, que todo lo sabía, antes que con el pobre letrado, que todo lo ignoraba.

Mecánicamente puntual, al sonar las siete salió Carolina acompañada del reducido rebaño de hombres y mujeres que trabajaban en la fotografía; despidióse de ellos y dobló á la derecha, por su rumbo, cual noche á

F. GAMBOA

che doblaba: erguida la testa bellísima, recto el busto opulento y cadenciosamente ondulante su andar, breve y menudo. Al descubrir á Salvador, detúvose, reflexionando lo que debía hacer; después, continuó acercándosele, en línea recta, con la resolución que la caracterizaba, dilatada la nariz y un tanto fruncido el ceño, muy pálida, grave.

Adelantóse Salvador á encontrarla y le tendió la mano sin hablar, impresionado ante la mudanza de su semblante apenado.

—¿Me guardas rencor?—le preguntó en voz baja, entrando con ella en el callejón del Espíritu Santo, á cuya esquina acostumbraban montar en el tranvía.

Y á fin de escapar á miradas y suposiciones de la gente que á tales horas anega con su bullir las calles céntricas, Salvador y Carolina pegáronse al escaparate de la litografía que allí se encuentra, cual si mucho les interesaran las resmas de papel, los cromos, almanaques y tinteros que se exhiben detrás del cristal iluminado.

—¿Me guardas rencor?—volvió á preguntarle Salvador frente á la tienda.

—¡Ninguno!—le replicó Carolina honradamente.—¡Tú no tienes la culpa, la tengo yo!...

Salvador, que no contaba con tan excepcional salida, sino con lágrimas, recriminaciones y reproches, se sintió humillado. La actitud de la muchacha, como que le arrojaba encima el peso todo de la falta que ambos habían cometido. Vióse más pequeño que ella, más cobarde, y sin hallar frase apropiada para la situación, con algo de acritud en su amor propio herido, preguntó tontamente:

—¿Y seguirás queriéndome... á pesar de ello?

—¡Yo, sí!—le dijo Carolina con idéntica firmeza que antes.—Quien no seguirá queriendo, serás tú... (*Aquí*

RECONQUISTA

opacósele la voz y se fijó muchísimo en un limpiaplumas del aparador.) ¡Quizá á la hora de ésta no me quieras ya!... Y por un segundo, se estremeció todo su cuerpo.

—¿Que no te quiero yo, dices?... ¡Te juro que sí! ¡Te juro que te quiero más!...

—Eso se verá—murmuró Carolina, concisa siempre,—cuando cumplas tu palabra empeñada!

¡Demonio con la chica! ¡Pues no lo anonadaba á él, el hombre, con cada una de sus respuestas aceradas y lacónicas!

Los tranvías, continuaban desfilando por la calle del Coliseo Viejo; Salvador y Carolina habían perdido dos ocasiones el de Santa María; cuando se avecinaba el tercero, preguntó Carolina:

—¿Vienes á casa?...

Y se encaminó adonde el tranvía recoge pasajeros, frente al hotel de «El Nuevo Mundo».

Por suerte, el tranvía iba repleto, y un desconocido cedió su asiento á Carolina, quien quedó incomunicada con Salvador, muy magullado entre los demás hombres que llenaban la plataforma. ¡Cómo le golpeaban las sienes con la descomunal pelea que libraban su honradez antigua—la que no admitía componendas ni otra línea que la recta,—y su honradez moderna, la que en el lugar de aquélla habíale fabricado de consuno: la escuela, los amigos, principalmente el medio, la ciudad agusanada y pútrida que todo lo consiente, que todo lo conlleva, y cuyos pobladores saben, á fuerza de garrulería remendada y grotesca, disfrazar de inocencia ó de ignorancia, de influjo ó resultante, lo que hasta ayer no más se denominaba con calificativos duros y apropiados! Luchaba, además, entre su deseo por Carolina—sólo exacerbado con el acaecimiento de la víspera,—y la vieja teoría implacable de que es

F. GAMBOA

aventurado el dar uno su nombre á la que nos ha dado su cuerpo, y hasta su alma en ocasiones. Acarreaba exculpantes: ¡era cruel imponer madrastra á sus hijas! Evocaba recuerdos: los de Emilia, en su parte grata; los de la vida conyugal, en las partes defectuosas en que por naturaleza propia abunda el vínculo...

Y la idea maldecida, la villanía y ruindad seguían mareándolo conforme el coche tragaba calles, deteniéndose en cada esquina á tomar alientos y viajeros... ¿Quién le aseguraba que Carolina, con la entereza y resolución que la animaban, no le saliera, una vez afianzado el matrimonio, cual salen tantas de mejores antecedentes?... ¿No dicen por ahí que cuando la madre pecó, también la hija, á la corta ó á la larga, comete igual pecado?... El mismo don Florentino, ¿quién podía afirmar lo que hubiera sido?... Cierto que á él, á Salvador, dolíale el alma de abandonar á la muchacha, pero, ni el primero ni el último, y ya ella se consolaría, ó la consolarían pronto... Siquiera, dejáales por vía de compensación un mediano recuerdo: aquellos veinticinco dureses, que aún se prolongarían por varios meses... Y antes de reaccionar, con la especie de fiebre que nos impele á ejecutar lo que sabemos que es malo; con la celeridad y cautela de los rateros, en una esquina oscura Salvador se apeó del tranvía, máquinalmente casi, hasta volviendo el rostro para cerciorarse de si alguien lo había empujado, ¡tan entontecido sintióse en cuanto dejó el vehículo!...

Mas el tranvía siguió correr que te corre, iluminadísimo, repicando su timbre sonoro, ignorante de lo que conducía á su bordo, ciego á pesar del foco delantero, cuyos haces de luz huían para que las ruedas no los despedazaran sobre los rails relampagueantes de acero bruñido...

Tuvo Salvador que asirse al muro, que cerrar los ojos,

RECONQUISTA

arrepentido de haber muerto á una alma, aun cuando no creyese en ellas.

En los días que sucedieron, ni don Florentino ni Carolina dieron señales de vida; ni una palabra, ni una carta, nada; lo propio que si la tierra, sin aspavientos ni ruidos, se los hubiera tragado. Esto acreció el remordimiento de Salvador, púsolo en intranquilo é irascible estado de ánimo. ¿Qué querría decir tal silencio, ese olvido tan definitivo en la apariencia? Por dos ocasiones, aunque recatándose hasta lograr que no lo vieran, Salvador espío las entradas y salidas de Carolina, anhelando no encontrarla, para de ese modo medio explicarse su actitud rara y atribuir á viaje ó á enfermedad el silencio y el olvido que estaban atenaceándolo. Y no lo logró. En las dos ocasiones, descubrió á la muchacha puntual, yendo á trabajar á sus horas reglamentarias, recorriendo los rumbos de costumbre para marcharse á casa, siempre la misma, sin que ni Salvador advirtiera en su continente y apostura el menor indicio de la herida incurable. Si le dolía, ¡qué valientemente ocultaba los dolores! ¡cuánto no se restregaría el rostro para borrar las trazas de las lágrimas quemantes!... Apenas si lucía como novedad unas ojeras profundas y negras que antes la embellecían que afearla, y con las que sus ojos parecía que fueran enlutados por qué se yo qué tristezas enraizadas muy adentro y vislumbreadas con espanto por entre las pestañas encantadoras. No caminaba igual que antes, sino como caminan los que tienen interés en no descubrir á la despiadada indiferencia de los extraños las cicatrices ocultas de sus cuerpos victimados.

A no haberse declarado por aquellos días el incendio amoroso en que se abrasaba Evangelina, lastimado Salvador por la exagerada dignidad de Carolina, habría ido á

F. GAMBOA

pedirle perdón y á cumplir su palabra empeñada con el pobre viejo enfermo, que en su sillón moriase poco á poco. Pero las llamas de su propia casa lo forzaron á sofocar éstas primero y á posponer para más tarde la solución de su conflicto sentimental.

Evangelina no cejaba; habíale declarado á su padre que casaría con Luciano Pagaza, su novio, que, hombre ya, por cariño á ella tenía realizados prodigios, en cuenta, haberse recibido de abogado estudiando dos años en un solo, y consiguiéndose el empleo de secretario en un juzgado federal del Estado de Chiapas, donde vivirían tan felices.

De balde resultaron las iracundias de Salvador, sus sentimentalismos y atinadas reflexiones; Evangelina no oía de ese lado, y—manifestó muy resuelta,—si no le otorgaba el indispensable consentimiento, aguardaría á su mayor edad, pero casaría con Luciano. Temeroso Salvador de que el «Genio de la Especie» hiciera otra de las suyas si tal espera se prolongaba, al fin consintió en la boda, aunque de malísimo grado, y los dos muchachos casaron y se partieron llenos de ilusiones á colgar su nido en Chiapas, á proseguir en el rincón salvaje de la comarca apartada, los primeros juramentos de infinita ternura formulados en el balcón del estudio del artista. Prometieron escribir á menudo, en cuanto arribaran á su destino.

Y se fueron de la mano, como chiquillos que se aperci-ben para emprender, sin soltarse, una larga carrera.

La noche del viaje de los recién casados, Salvador se recogió tempranísimo, consolándolo el pensamiento de que aún quedábale otra hija, la mayor y predilecta. Se la encontró de hinojos, rezando en su reclinatorio, abstraída y ferviente.

—¡Ven, Magda!—le gritó Salvador dolorosamente im-

RECONQUISTA

presionado por lo que la marcha de Evangelina significábale: una segunda poda en los grandes cariños de su vida. Y cuando Magdalena se le echó encima, á llorar con él por la viajera á quien irían comiéndose á besos, Salvador, acariciándola, le dijo:

—Tú sí me quedas, tñ sí que no me abandonarás nunca, ¿verdad?...

Magdalena, por no mentir, esquivó el contestarle, en tanto que Salvador, al contacto de su hija silenciosa, dudó de que le quedara para siempre. En cambio, por inexplicable asociación de ideas, se imaginó á Carolina abrazando también, deshecha en lágrimas, á su padre inválido, que no acertaría con la causa de ese llanto; y con miedo sincero, Salvador pensó en que quizá lo que nunca abandonaríalo sería el remordimiento que ya se le instalaba en la conciencia, como inquilino de perpetuo y seguro domicilio.